

## Todo un legado

Alejandra Espino Sanjuán\*

Hay historias que no comienzan con uno mismo, sino que se gestan mucho antes, en voces que nos anteceden, en pasos que abrieron camino sin saber que alguien más los seguiría. La mía nace entre montañas, caminos de tierra y aulas sencillas donde la enseñanza no era sólo un oficio, sino un acto de fe en los otros. Ser maestra, en mi vida, no fue una elección repentina; fue un llamado silencioso que creció conmigo, alimentado por el ejemplo de quienes me enseñaron, aún sin proponérselo, el verdadero sentido de educar.

Mi abuelo, Vicente Espino Landaverde, fue uno de esos maestros que enseñaban mucho más que letras y números. En la década de los años 60, desempeñó su labor docente en una pequeña escuelita en Atarjea, Guanajuato. En aquel tiempo, enseñar implicaba enfrentar grandes desafíos: no había agua potable, las condiciones eran precarias y los recursos escasos. Sin embargo, eso nunca fue impedimento para cumplir con su misión.

El no tenía títulos ni un currículum extenso de preparación, sólo había sido invitado a ser docente por saber leer y escribir y que había aprendido no sé de dónde, tenía un conocimiento amplio sobre la gramática y la ortografía, destacado por conocer la historia, fechas y personajes, tener una memoria extraordinaria, saber tocar el piano y amenizar todos los domingos la misa con unas melodías excepcionales.

De él nació no sólo una vocación, sino una forma de entender la enseñanza como un acto de entrega, compromiso y amor por los demás.

Años después, esa misma pasión fue heredada por uno de sus hijos, mi padre, Reyes Espino García. En 1983, comenzó su camino en la docencia en el municipio de Xichú, Guanajuato. Desde el inicio, su preparación y su labor implicó sacrificios y determinación. Cada semana se trasladaba a su comunidad llamada “La Zábila” en donde le asignaron su plaza, a la cual llegaba caminando durante horas entre veredas por el cerro, ya que no había acceso para vehículos y sólo existían caminos de terracería.

Atendía aproximadamente a 45 alumnos de distintos grados, organizando su enseñanza en turnos de mañana y tarde. Más que un maestro, era un guía comunitario. Enseñaba a leer y escribir, pero también impulsaba a las personas a superarse, alfabetizando a quienes lo necesitaban. Dormía en las bancas de madera del salón de clases y, en muchas ocasiones, su alimento era un delicioso plato de frijoles. La comunidad se dedicaba entre otras actividades a la elaboración de productos de ixtle como ayates, morrales y reatas, vivían en condiciones de pobreza, pero con una riqueza invaluable: el deseo de aprender.

Durante un año completo, trabajaba toda la semana en la comunidad y regresaba los fines de semana a Xichú. Fue un periodo de esfuerzo constante, en el que su compromiso con la educación superaba cualquier dificultad.

Posteriormente, en 1984, logró cambiarse a la primaria urbana de Xichú, donde continuó su trayectoria, desempeñándose también en el nivel de secundaria, consolidando así su vocación docente.

Ambos, mi abuelo y mi padre no sólo ejercieron la docencia, sino que dejaron huella en cada uno de sus alumnos. Sus historias no están escritas en libros, pero viven en las comunidades que ayudaron a transformar, en las generaciones que aprendieron a leer, escribir y soñar gracias a ellos.

Crecí escuchando estas historias, observando de cerca lo que significaba ser maestro. Vi el compromiso, el esfuerzo diario, la responsabilidad, pero también la satisfacción profunda que brinda esta profesión. Ser testigo de su entrega despertó en mí algo más que admiración: sembró una semilla que con el tiempo se convirtió en vocación.

Hay recuerdos que, aunque pequeños en apariencia, contienen en sí mismos el germen de lo que seremos. Yo tenía apenas siete años cuando, sin saberlo, ya ensayaba mi destino. En casa, convertía cualquier espacio en un aula improvisada: sentaba a mis hermanos y primos sobre botes de leche vacíos, alineados como si fueran pupitres y, frente a ellos, con una lámina que hacía las veces de pizarrón, comenzaba a escribir.

Había en ese juego una seriedad que sólo la infancia puede otorgar. Recuerdo entrar sigilosamente al cuarto de mi padre, como quien

resguarda un pequeño secreto, para abrir una caja de cartón donde guardaba trozos de gises blancos y de colores. Tomaba algunos con cuidado y regresaba a mi “salón de clases”, lista para comenzar. Así, entre risas, trazos torcidos y palabras a medio construir, jugaba a la escuelita... o quizá, sin saberlo, ya empezaba a ser maestra.

Desde entonces, algo en mí encontraba sentido en ayudar a otros a aprender. No era sólo el juego, era la satisfacción de explicar, de repetir, de ver en el otro un destello de comprensión. Ese impulso creció conmigo, acompañándome en cada etapa, hasta convertirse en una certeza.

Por eso, cuando llegó el momento de elegir una carrera, no hubo duda alguna. Ser maestra no era una opción entre muchas, era el camino natural de mi historia. Así, de Xichú partí hacia Guanajuato capital, para formarme en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato, un espacio que no sólo me brindó conocimientos, sino que fortaleció la vocación que ya habitaba en mí.

A diferencia de mi abuelo y de mi padre, cuyos inicios estuvieron marcados por caminos largos y condiciones adversas, mi ingreso al servicio docente fue distinto. Presenté mi examen de oposición y obtuve mi plaza como maestra en la Escuela Primaria Urbana No. 1 de San Diego de la Unión. Fue un logro que recibí con orgullo, pero también con la conciencia de que detrás de esa oportunidad existía una historia de esfuerzo que me precedía.

Al año, la vida me ofreció la posibilidad de trasladarme a Dolores, Hidalgo, lugar donde actualmente radico y continúo ejerciendo esta profesión que tanto amo. Sin embargo, mis raíces permanecen intactas. De vez en cuando regreso a Xichú y a Atarjea, pueblos llenos de magia y tradición, donde el tiempo parece detenerse entre relatos y memorias.

Ahí, entre voces que aún recuerdan, escucho historias de quienes conocieron a mi padre y a mi abuelo. Narraciones que hablan de sus andanzas, de su entrega, de las huellas que dejaron en cada rincón. Y en cada palabra, en cada anécdota, confirmo que su legado no sólo vive en mí, sino también en la memoria de esas comunidades que los vieron enseñar.

Hoy, después de 19 años de servicio, puedo decir que el tiempo ha pasado muy rápido. Cada ciclo escolar, cada generación, cada experiencia en el aula ha dejado una huella en mi vida. No hay día en el que no exista la alegría de ir a trabajar, de encontrarme con mis alumnos, de compartir con ellos el proceso de aprendizaje y de ser parte de su crecimiento y prepararme continuamente para enfrentar los retos de la actualidad.

Ser maestra es, para mí, un privilegio. Es continuar un legado que comenzó con mi abuelo, que fortaleció mi padre y que hoy vive en mí. Es honrar su memoria y su esfuerzo, llevando en cada clase un poco de su esencia, de su dedicación y de su amor por la enseñanza.

Porque al final, al crecer viendo cómo mi abuelo y mi padre fueron maestros, despertaron en mí ese gusto por la enseñanza, el trabajo en el aula y la convivencia con los alumnos, así como la satisfacción de ver cómo construyen sus aprendizajes día con día.

\*Licenciatura en Educación Primaria. Maestra en la Escuela Primaria Urbana núm. 1 Cocomacan en Dolores Hidalgo, Gto. [ale.josuecaleb@gmail.com](mailto:ale.josuecaleb@gmail.com)